

Jeromin

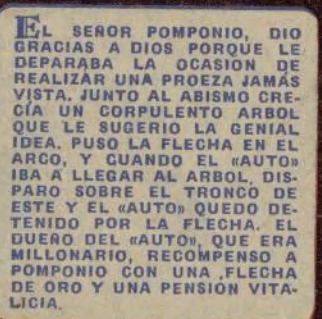
10 céntimos

AÑO 11

Revista para los jóvenes

MADRID

NUM. 59





La hucha uciá



Eran tres criaturas excelentes los hijos de don Anselmo.

El mayor llamábase Luis, de trece años de edad; el segundo, Alberto, de once, y el menor, Angel, de nueve.

Su mamá había muerto en Cádiz hacía dos años, y desde entonces el papá, que era muy rico, se había retirado con ellos a una ciudad inmediata, que se llama Puerto de Santa María.

De este modo no se alejaba demasiado del punto en que estaba sepultada su esposa, y podía llorarla con más libertad, sin

las trabas que la sociedad le hubiera impuesto a haber permanecido en Cádiz.

No es esto decir que don Anselmo rehuyera en absoluto el trato de las gentes. Su bondadoso carácter, y la necesidad de instruir y aun distraer a sus hijos, le inducían a cultivar todos aquellos conocimientos y amistades que en nada pudieran coartar su libertad de acción.

La casa que habitaban en el Puerto estaba situada a un extremo de la ciudad.

Tenía huerta, jardín, pabellones lindísimos, fuentes, en fin, cuanto era neces-

rio para que los niños la encontraran agradable durante las horas que sus estudios les dejaban libres.

Cada uno de ellos ocupaba en la planta baja una habitación independiente, compuesta de un gabinete y una alcoba. En el invierno se trasladaban a las habitaciones superiores.

Antiguos y fideísimos criados estaban a su servicio, y una bien entendida red de timbres eléctricos servía para avisar a don Anselmo a la menor cosa que ocurriese.

Así pasaban la vida con relativa tranquilidad,



idad, amándose los unos a los otros, que es la ocupación más agradable para las almas nobles.

Un día reunió el padre a sus hijos y les habló de este modo:

«Hijos míos, faltan sólo tres meses para la fiesta de Nochebuena, y aunque desde que murió vuestra santa madre os habéis privado voluntariamente de toda diversión, por respeto a su memoria, entiendo que pudiera seros perjudicial una abstención absoluta de las expansiones propias de la niñez, mucho más si éstas son tan lícitas y tan inocentes como las que os ofrece ocasión

de disfrutar la conmemoración del Nacimiento de nuestro Redentor.

«Nada hay en ello que pueda estar en contradicción con la justa pena que a todos nos embarga desde que voló al cielo el alma de la que os dió el ser, y en cambio podéis disfrutar las ventajas que siempre proporciona un honesto esparcimiento a los corazones infantiles.

«Para ofreceros al mismo tiempo un medio de que os aficionéis al ahorro y la economía bien entendidas, que son la base más segura de la prosperidad, oíd el plan que os propongo:

«He comprado tres huchas, una para cada uno de vosotros, con el objeto de que, desde ahora hasta dos días antes de Navidad, vayáis depositando en ellas, del dinerillo que os doy todos los domingos, una cantidad a voluntad vuestra, destinada a la compra de un Nacimiento o de un árbol de Nochebuena, que eso ya lo resolveremos en su día, cuando al hacer el arqueo sepamos la cantidad que hay disponible. De este modo veremos cuál de vosotros es más económico.»

Acto continuo, don Anselmo repartió las huchas a sus hijos, quienes, después de



prestar su conformidad, como de costumbre, a cuanto su buen padre les había dicho, se propusieron hacer todo lo que estuviese de su parte para que el capital social, digámoslo así, alcanzara la mayor importancia posible el día de la liquidación.

Cada cual se retiró a sus habitaciones, con el fin de colocar su hucha en el sitio que juzgase más a propósito.

Y los tres niños empezaron desde el siguiente domingo a poner en ejecución el plan propuesto por su padre.

He dicho los tres, y he dicho mal, por-

que Angelito, al penetrar en su cuarto para depositar en la hucha la cantidad que su padre le había dado, se detuvo a contemplar a un viejecito que, parado junto a la ventana, le miraba con aire de tristeza tal que interesó vivamente al niño.

Era un hermoso día de otoño; las vidrieras estaban abiertas, y Angel se acercó más aún, dirigiendo al anciano estas palabras:

—Abuelito, ¿qué le pasa a usted y por qué me mira de ese modo?

—¿Te causo miedo, hijo mío?

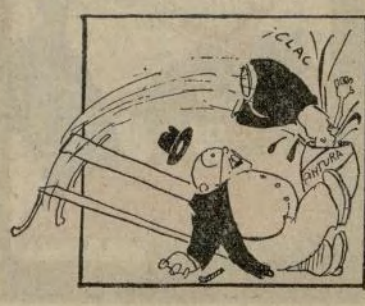
—Al contrario, abuelito, me causa usted lástima, porque me parece que sufre usted mucho, y a sus años no se debe tener gran resistencia.

—Dios da la resistencia al mismo tiempo que el dolor; pero aun así y todo, me parece que por esta vez va a serme imposible salir triunfante de la lucha.

—¿Quisiera usted contarme sus penas?

—¡Ay, hijo mío! ¿Para qué las quieres saber, si te es imposible remediarlas?

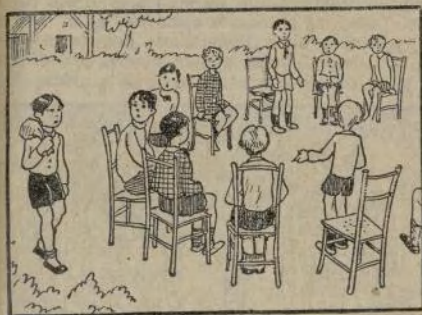
(Continuará.)



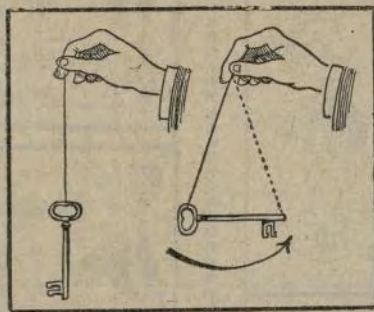


SAN JOSE PROTEGE A UN DEVOTO

Un Martes Santo por la noche, unos malvados incendiaron con petróleo la iglesia de la villa de Grau, y tanto incremento tomó el fuego, que amenazaba destruir toda la iglesia. El pueblo entero acudió, y algunos sacerdotes, pasando entre las llamas, fueron en busca del Santísimo Sacramento, que lograron salvar. Uno de ellos, muy devoto de San José, arrojó dos medallas del Santo en medio de las llamas, que en aquel momento empezaron a decrecer, salvándose así los altares. El pueblo, al conocer el hecho prodigioso, rindió gracias a Dios que tan evidentemente les había favorecido por mediación del glorioso Patriarca, esposo de la Santísima Virgen. Amiguitos de JEROMÍN, sed siempre muy devotos de San José y experimentaréis su poderoso patrocinio.



JUEGOS DE NIÑOS



EL TIO DEL SACO

Los jugadores forman círculo sentados en sillas. Uno de los jugadores, designado por suerte, da vueltas alrededor del círculo formado por las sillas, llevando al hombro un saquito lleno de arena. Los jugadores, de vez en vez, se levantan para saludarse, para cambiar de silla, para despedirse, etc. El del saco debe vigilar estos movimientos de los jugadores y aprovechar la ocasión para arrojar el saco sobre la silla vacía; si lo consigue, el dueño de la silla pasa a ser tío del saco. Si no lo consigue, cayendo el saco al suelo, paga prenda y sigue siendo tío del saco, y dando vueltas, hasta que logra poner el saco en una silla vacía.

LA ROTACION DE LA LLAVE

Coged una llave y un hilo; atáis la llave al hilo en la forma que indica el dibujo, y agarrando del extremo del hilo, como también indica el dibujo, podéis decir, poco más o menos, en una reunión: «—Señores, ¿quién es capaz de hacer que esta llave, sin tocarla, se ponga horizontal y dé vueltas?... Todos se reirán creyendo que tal cosa es imposible. Entonces vosotros diréis de nuevo: «—¿Qué se apuestan a que yo soy capaz de lograrlo?»

Se hacen las apuestas, y vosotros las ganaréis muy fácilmente. Basta para ello que hagáis lo que ya se dijo cuando se explicó lo de la rotación de la calderilla, esto es, que retorzáis con los dedos lo más de prisa que podáis el hilo; la llave comenzará a dar vueltas y a tomar la posición horizontal que habéis prometido.

ESPAÑA MONUMENTAL



La Alhambra.

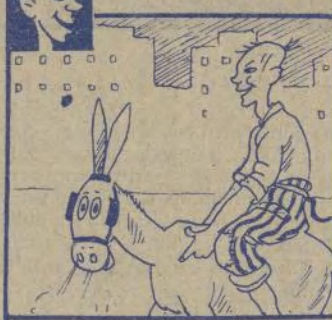
Contiguo al «Mejuar» hay un mirador que, por ciertos detalles, se cree fué un oratorio musulmán. En el patio que linda con «El Mejuar», en su lado septentrional, hay un pórtico y una sala, restaurados en tiempos de los Reyes Católicos y enfrente

hay una notabilísima fachada con dos puertas y un alero de madera magníficamente tallados. Esta fachada corresponde al palacio de «Comares», que la parte segunda y la principal de la Alhambra, donde residían los reyes granadinos. El salón del trono tiene nueve balcones con vistas

hermosísimas al bosque, río Darro y parte antigua de la ciudad. Las fotografías que publicamos hoy reproducen: la primera, el patio de la Alberca; la segunda, el mirador de la Reina; la tercera, el jardín del mirador de la reina, y la cuarta, el patio de los cipreses.



Cascarilla



Por las Ventas, Cascarilla, iba con su borriquilla.



Tres pilluelos que le vieron, burlarse de él pretendieron.



—Te daríamos un real si nos dejases montar.



Cascarilla, muy contento: —Acepto; dijo al momento.



En el próximo JEROMIN, veréis lo ocurrido al fin.

Maravillosa Historia de Jeromin



NOS LLEVAREMOS! ACASA LOS DOS CUBOS LLENOS DE AGUA DEL MAR!



¡PUEDES TÚ! SOLO CON LOS DOS CUBOS!



¡OS VAIS A QUEDAR SIN GOTA!



¡CUANTO VAMOS A JUGAR!



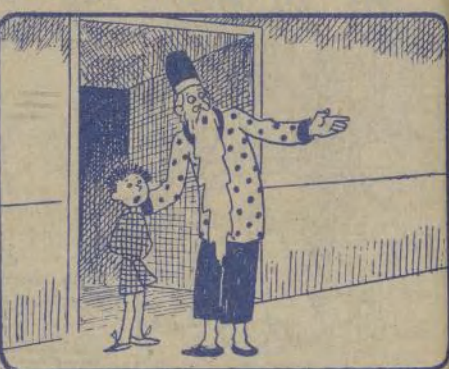
¡VA ESTÁ AQUI NUESTRO ENEMIGO!



¡SIEMPRE SE HACE DAÑO EL MISMO! JE, JE, JE!



CHISTES



Cuando penetraron en el comedor, JEROMIN recibió una impresión de asombro que le dejó paralizado. Como las anteriores estancias, en él todo era oro, platino y piedras preciosas; pero todo mucho más artístico. La mesa estaba cubierta con un mantel de finísimo tejido y blanco como la nieve; sobre



camado de oro y piedras preciosas. Estos camareros, al entrar el sabio, hicieron una profunda reverencia, permaneciendo, luego, rectos e inmóviles como estatuas. En la mesa había dos servicios. Tomó asiento el sabio junto a uno de ellos e invitó a JEROMIN a que hiciese lo mismo junto al otro.



en el plato de JEROMIN. Tocó de nuevo el timbre y el camarero retiró la bandeja. Oprimió seguidamente otro timbre, y otro camarero se destacó de la fila, llegóse al aparador y cogió otra bandeja con dos vasos, tallados en sendos topacios, y una botella que contenía un vino añejo, generosísimo, como no



CHISTES



había varios jarrones de porcelana, transparentes como el más limpio cristal, conteniendo profusión de flores variadísimas, de colores delicados, que emanaban un aroma embriagador. Frente a la mesa, a distancia de metro y medio, en fila correctísima, los camareros vestidos de raso encarnado re-



verentemente, el sabio rezó una plegaria y bendijo a los niños. Tocó luego un timbre, y uno de los camareros se dirigió a un aparador, cogió una bandeja y llevó a la mesa, colocándola junto al sabio. Dos platos, que despedían un apetitoso olor, había en la bandeja; sirvióse el sabio una, y la otra la puso



en el plato de JEROMIN. Tocó de nuevo el timbre y el camarero retiró la bandeja. Oprimió seguidamente otro timbre, y otro camarero se destacó de la fila, llegóse al aparador y cogió otra bandeja con dos vasos, tallados en sendos topacios, y una botella que contenía un vino añejo, generosísimo, como no



CHISTES



HAGAME UNA FOTOGRAFIA



¿QUÉ RETRATO TAN ROMÁNTICO LE VOY A HACER?



¡QUIETO UN MOMENTO!



¡CIELOS!



¡ES UN CUADRO PRECIOSO! PERO LO QUE MÁS ME GUSTA DE TODO ES EL VERDE....

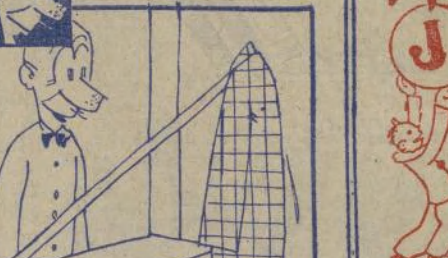


¡JA, JA, JA, JA! NO SABE NI QUE LE SUCEDERÁ! JA JA!



¡AHORA SI QUE TE VAS A REIR EN EL CUARTO DE LAS RATAS!

Repollo



Un «ratón» ideó quitar la chaqueta que Repollo había puesto a secar.



Si mañana, Dios mediante, sigue ahí puesta la chaqueta, seguro que la echo al guante.



Se puso su americana al otro día Repollo, y se sentó en la ventana.



Llegó el astuto ladrón, y, sin advertir el cambio, dió a la chaqueta un tirón.



La prenda no se llevó, pero al infeliz Repollo un buen chichón le costó.



Nº 59



Cuentos fantásticos

EL TERRIBLE SECRETO DEL CASTILLO

Novela de aventuras original de

Manuel G. Bengoa (Julman).

(Conclusion.)

volvió lentamente la cabeza; detrás de él un bandido, alto y fuerte, armado de un cuchillo, sonreía cínicamente. Los otros tres, al ver que nada podían temer, se acercaron. «Atadle bien y que siga la suerte del otro»—exclamó el que parecía ser el jefe—. El otro era Terlaud, que, caído y maniatado, no había perdido detalle de la escena.

Pero el astuto policía no había estado inactivo; con su peculiar sangre fría, había aprovechado aquellos minutos de confusión, y haciendo enormes esfuerzos, consiguió desasirse de sus ligaduras. Entonces, fué cuando vió, junto a él, la pistola que



Alfredo había dejado caer al ser sorprendido, y sin moverse apenas, la cogió y escondióla entre sus manos. Los bandidos se disponían para atar al muchacho, cuando Terlaud, incorporándose rápidamente, se puso en medio de la gruta gritando: «¡Arriba las manos! ¡Arriba que se mueva, le abraso!»

Una exclamación de rabia se escapó de los labios de los miserables, que no tuvieron más remedio que obedecer: el cañón de la «browning» del detective les apuntaba, y el dedo de este oprimía el gatillo, pronto a disparar. El detective, cogiendo a Alfredo de la mano, fué retrocediendo sin dejar de encañonar a los ladrones; así llegaron hasta el subterráneo. Una vez allí, Terlaud echó a correr, precedido del muchacho. La salvación estaba en la ligereza de las piernas; en efecto, a los pocos instantes, percibieron los pasos precipitados de los que les perseguían: —«¡Animo! —dijo Terlaud—, forzosamente tenemos que alcanzar la puerta secreta del reloj antes que ellos».

Pero en el mismo instante, por el frente, sonó un disparo, y la bala fué a estrellarse a unos milímetros de su cabeza. —¡Maldición!—exclamó—. ¡Hemos caído en la ratonera! ¡Han entrado más bandidos por la puerta secreta y nos han cortado la retirada!

—¡Por aquí, Sr. Terlaud! ¡Por aquí! —exclamó Alfredo, que había descubierto otro corredor que se bifurcaba del principal. Pero a los pocos momentos, se encontraron con que el nuevo subterráneo terminaba allí.

Casi pegado a la pared, nuestros amigos vieron un armatoste de madera. Era una especie de cajón enorme con un tubo que se perdía en el techo. «Hagamos de este trasto una trinchera y defendámonos» —dijo Terlaud, poniendo en manos del pequeño auxiliar una pistola.

Ya era tiempo. No habían hecho más que parapetarse, cuando la turba de criminales aparecía dando gritos descompuestos en el fondo del corredor. Dos disparos

simultáneos les detuvieron: un bandido cayó herido en el pecho. Comprendiendo entonces que había que proceder con cautela, tomaron posiciones, guareciéndose en los salientes de las rocas del subterráneo, y de ambas partes comenzaron a cruzarse disparos. Alfredo, al apoyar una mano sobre el armatoste que les servía de muralla, oprimió, sin darse cuenta, un botón oculto, y, al momento, arriba, y muy lejos, se percibió el aullido siniestro, el alarido espantable, aquel ¡aaah! prolongado que aterrorizaba al que le oía. Terlaud y Alfredo se miraron; acababan de descubrir, impensadamente, el secreto del espantoso grito. Pero bien pronto tuvieron que abandonar sus reflexiones para defenderse.

Los bandidos, presintiendo que así era imposible continuar, salieron de sus refugios, y pegándose a las paredes, procurando ofrecer el menor blanco, comenzaron a avanzar. —«¡Valor! —dijo Terlaud—, el desenlace se aproxima; apunta bien y dispara sobre seguro». Pero en el mismo instante, una bala rozó la cabeza de Alfredo, dejándole en la frente una huella de sangre.

Los bandidos, que habían llegado hasta el armatoste, procuraban saltarle a todo trance. Los momentos eran angustiosos, se peleaba casi cuerpo a cuerpo; Terlaud y Alfredo desfallecían ya, cuando del fondo del subterráneo brotó una descarga y varios bandidos rodaron heridos. Terlaud lanzó un grito de júbilo; a través del humo de la pólvora acababa de reconocer a uno de sus auxiliares, y detrás de él, las gorras galoneadas de los policías. ¡Se habían salvado!

Poco tiempo después, la mayor calma reinaba en el pueblo y en el castillo, escenario de tantos crímenes. Los ladrones pagaban sus delitos en la cárcel; los subterráneos habían sido tapiados, y, en unión de su familia, Alfredo vivía una existencia tranquila y feliz.

Lo merecía el bravo muchacho, que, con su arrojo, su valor y habilidad, tanto había contribuido a descubrir el terrible secreto del castillo.

El caballo y su amo



FÁBULA

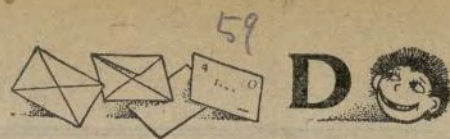
Cuéntase que un mal jinete compró un hermoso caballo, que, siendo potro, gustaba de dar corvetas y saltos.

No atreviéndose a montarle, algunos le aconsejaron que le tapase los ojos; y así le montó a su salvo.

En este descubrimiento creyó tener un hallazgo; y salió un día a la caza con su potro muy ufano.

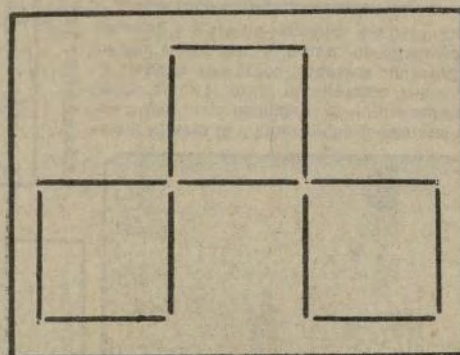
Pero al pasar un camino, lleno de quiebras y cantos,

Ayuntamiento de Madrid

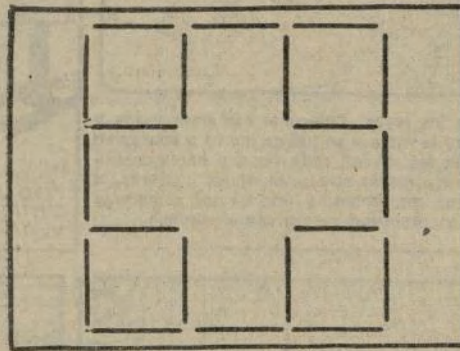


Querido 2
Alg III n con pretensiones D que con y eso no puede ser, pues tendría que ver 1000 secretarios p ello No puede iii figurar 00 que to 2 di Pronto tendrán que mandarme D correos con 1 y no El es que ello es prueba D l entusi mo que ha des porta E no tengo para con star. Vuestro a go Jeronim

PROBLEMA



Cambiar tres líneas de forma que resulten cuatro cuadrados.



SOLUCION AL PROBLEMA DEL NUMERO ANTERIOR

el pobre animal a ciegas no acertaba a dar un paso.

Pica el jinete la espuela, quiere trotar el caballo, tropieza; y vienen al suelo el alazán y su amo.

Ni a los brutos ni a los hombres será jamás acertado

que les haga andar a ciegas quien quisiere gobernarlos;

pues, tras de ser peligroso, conviene, por el contrario, para que caminen bien, dejarles que vean claro.

La España Gloriosa



(Continuación.)

altura, en la que hay una gran cueva, llamada de Covadonga.

En esta cueva habíase refugiado Pelayo con cuantos hombres de armas cupieron en ellas, después de colocar a los demás estratégicamente entre el bosque y maleza de los altos y pendientes cerros que dominan el valle, por el que corre el río Deva.

Alcamah, seguro de su poder, avanzaba sin temor alguno por el estrecho valle, que impedía a sus huestes presentar un frente mayor al que ofrecían los refugiados en la cueva y mucho menos poder maniobrar con desembarazo. Vigilaban atentos los astures el avance del ejército musulmán, esperando, con ansiedad, la orden de Pelayo para comenzar a hostigarles; latían sus corazones de fervor religioso y patriótico y tenían fe firme en la victoria.

Al fin sonó la señal de acometida, que fué el principio de una sorpresa y confusión enormes en el ejército de Alcamah. «En esta situación—dice un historiador—comenzó aquella batalla memorable, aquel hecho de armas inaudito, que abrió las puertas de España a la independencia.»

Las flechas de los árabes rebotaban en los peñascos, vando a clavarse en los pechos de los mismos que las tiraban, y una tempestad que sobrevino, acreciendo y precipitando los torrentes de las montañas, desordenó las filas del enemigo, y lo que empezó en batalla terminó en espantosa carnicería, porque los astures, que se hallaban apostados en las alturas de aquellas inaccesibles breñas, hacían rodar, con vigoroso impulso, rocas de inmenso tamaño, verdaderas moles de granito, que, rebotando de peñasco en peñasco, caían con estrépito infernal y avasalladora fuerza sobre las tropas musulmanas, aplastando, con su enorme peso, a los sectarios de Mahoma. Al propio tiempo, los apostados en el valle, asaetaban a los moros con sin igual acierto, de forma que las gentes de Alcamah veíanse totalmente envueltas en un estrecho sendero que no ofrecía facilidad de combate, sin que por los riscos tuvieran huida, caso de haberla podido intentar por tal sitio, puesto que las piedras que del monte les arrojaban, y la torrencial lluvia que sobre ellos caía, multiplicaba la agresión y desvanecía toda esperanza de salvarse... En lo más fragoroso del combate, cayó herido de muerte Solimán, caudillo árabe de gran prestigio. Su muerte decidió a Alcamah a ordenar la retirada. ¡Nunca tal hubiera hecho!

Atropelláronse a sí mismos los moros

(Continuará.)

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

1.º ¿Cómo se averigua la edad de una mujer que se tiñe el pelo, se pinta la cara y lleva dientes postizos?

2.º ¿En qué se parece el vino a los pies?

(Las soluciones en el próximo.)

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

1.ª El corro.

2.ª Porque no va a ser el tranvía el que suba en ti.

EXTREMADURA



COLMOS

¿Cuál es el colmo de un afilador? Afilarse un corte de traje.

¿Y el de un cazador? Cazar la Osa Mayor.—Antonio de Santos, de Aguilafuente.

CHISTE

Entre amigos: —¿Dónde estuviste ayer? —Con mi primo. —¿Y tu primo? —Conmigo. —¿Y dónde estuvisteis los dos? —Pues... juntos.—Casimiro Jordán, de Aguilafuente.

CHISTE

Entre amigos: —Oye, ¿conoces a alguien que pudiera prestarme cien pesetas?

—No; porque a todos los que conozco te conocen a ti.

Miguel A. de Miguel.—Madrid.

COLMOS

—¿Cuál es el colmo de un dentista?

—Sacar los dientes a una sierra.

—Y el de la fuerza?

—Pues doblar una esquina.

José Menéndez.—Francia.

—¿Cuál es el colmo de un carpintero?

—Vivir en la isla de Madera, tener unos hijos «distones» y un perrito que menee la cola.

Mariano Susiác.—Madrid.

—¿Cuál es el colmo de un cerrajero?

—Hacer una llave para abrir el apetito.

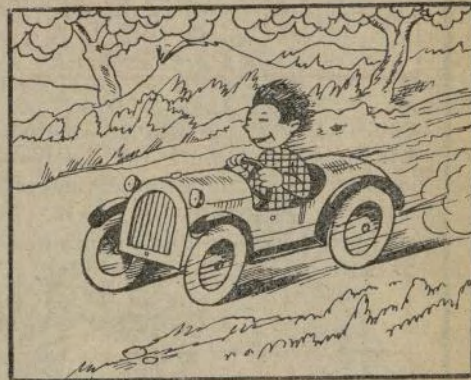
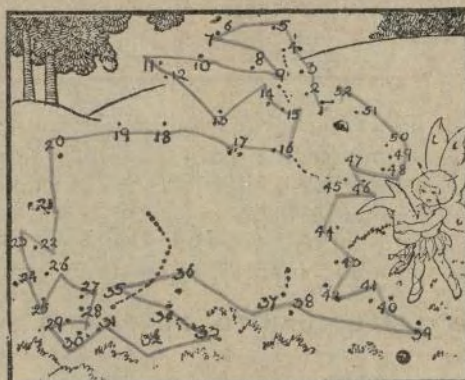
Félix Martínez.—Toledo.

PARECIDO

—¿En qué se parece JEROMÍN al río Guadiana?

—Pues en que tiene ojos.

ROMPECABEZAS



1.º Unid los puntos con una línea del uno al 52 y descubriréis el enigma del dibujo.

2.º «Jeromín» es perseguido por una mujer y un hombre rusos ¿Dónde están éstos?

LA MAS AMENA Jeromín LA MAS INSTRUCTIVA

REVISTA ILUSTRADA PARA JÓVENES SEMANAL CON CENSURA ECLESIASTICA DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN CALDERÓN DE LA BARCA, 4. MADRID

••• TELÉFONO: 18491 •••

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES, UN EJEMPLAR, AÑO 5,20; POR PAQUETES, A RAZÓN DE 8 CÉNTIMOS EJEMPLAR

♦ LOS PAGOS ADELANTADOS ♦





—«Adiós, mis queridos pequeños. Voy a ver si encuentro caza; sed formalitos y buenos en mi ausencia. Volveré a la hora de comer.» Tal dijo el señor Antonio a sus hijos, única familia que tenía, y se marchó. Apenas desapareció su padre, Santiaguín y Elvirita,



que así se llamaban los niños, como eran muy laboriosos, se pusieron a arreglar la casa. —«Tú —dijo Elvirita a su hermano— ponte a arreglar la comida, mientras yo barro el comedor.» Pasó el tiempo y Santiaguín, mirando el reloj, dijo a su hermana: —«Mi-



ra, el reloj señala las doce, pronto vendrá papá, pues es la hora de comer; así, pues, puedes preparar la mesa, para que, cuando llegue, lo encuentre todo dispuesto.» Elvirita obedeció la indicación de su hermano y se sentaron para esperar a su papá. En esto so-



naron golpes en la puerta. —«¡Ya está ahí!» —dijo Elvirita—, y corrieron a recibirle. Al abrir la puerta, fué grande su sorpresa, pues, en lugar del papá, vieron a una viejecita que vestía una larga esclavina, la que les dijo así: —«Preciosos niños, ¿tenéis algo



que darne de comer, pues tengo mucha hambre?» —«¡Oh, sí, buena señora; pase. Tome un caldo, caliéntese en el fuego y se reanimará» —dijo Elvirita a la pobre mujer.» —«Gracias, gracias, amables niños.» Y la señora tomó el caldo, se calentó en la lumbre y



luego dijo: —«Ya estoy bien y me retiro. Os dejó este envoltorio, que contiene un obsequio para vosotros; pero no lo abráis hasta que haga un buen rato que yo me haya marchado.» Y dicho esto, la anciana desapareció. Santiaguín y Elvirita estaban impacientes por



ver lo que el envoltorio contenía. En cuanto pasó un rato, cerraron la puerta, y con gran expectación abrieron el envoltorio. ¡Oh, qué sorpresa! El contenido eran exquisitos comestibles, en cantidad



para un gran banquete. —«Lo prepararemos para cuando venga papá» —dijo Elvirita—. En aquel momento llegó el padre, y al enterarse del por qué estaban allí aquellos manjares, se alegró mu-



cho y dijo: —«Hijos míos, practicad siempre el bien y tendréis la debida recompensa, pues Dios premia siempre a los niños buenos.»

COMO ES MUY LISTO JUANITO, NO PERDIO SU SOMBRERITO



JUANITO SALIÓ CIERTA TARDE A JUGAR CON



SUARO Y SE LE CAYÓ EL SOMBRERO AL



RÍO. PERO EL CHICO ES INTELIGENTE Y RECU-



PERO EL SOMBRERO POR FACIL PROCEDIMIENTO